

Teresa Núñez González

# Once estaciones de metro y una canción desesperada

Primer Premio del IV Certamen Literario Apoloybaco de Narraciones Breves. Octubre 2009

LEMA: Orestes

## 1. VALDEBERNARDO

Le canta al oído. En medio de la rutina de las siete quince. Con desgarró no exento de ternura, le canta a ella. A ella, anestesiada por el fluido que despiden el vagón, perdida por completo en sus propios pensamientos. En esa hora en que todavía no se da cuenta de su situación por más café instantáneo que le eche a la vida. Porque la ducha apenas ha sido jarreo sobre la piel y el estómago no le permite ingesta alguna. Y porque, además, sólo pudo descubrir en el armarito dos bollicaos y una barra de chocolate macrobiótico de cuando pensaba en adelgazar sin estropearse el aparato digestivo, lo cual identificó más tarde como publicidad engañosa.

Él le canta con especial dedicación. Tan íntimamente, tan profundamente le canta, que ella llega a pensar si su realidad está en la voz masculina. Y todo lo demás que la rodea, los empujones, el vaho de sudores ajenos, el eco de las voces igual que puntos de distinta intensidad resonando en su cabeza, la mierda de existencia que es su habitat natural y que alguien – ya no se plantea quién –, arrojó sobre ella por puro azar pertenecen a una pesadilla. Mientras él dice *“aprender a vivir sobre la línea divisoria que va del tedio a la pasión”*. Mientras aquel asiento no es asiento, es cama, es alfombra voladora, es Pipi Calzaslargas camino del Bagdad de hace tanto, un Bagdad sin petróleo ni *marines* ni destrucción masiva; mientras el andén lo cruzan los demás y el viaje de las siete y cuarto lo hacen los otros, ella se deja seducir despacio. Siente, incluso, la dureza de sus pezones bajo la blusa verde. Nota la humedad en el salva-slip limpio. Se reconoce protegida de este desierto de andenes impúdicos, expendedores de coca-cola, miserias con nombre y apellido. Aunque en realidad no alcance a saber cómo vive, si puede conseguirlo, si de verdad existe esa línea que Joaquín promulga *“entre el tedio y la pasión”*

Entonces piensa que hoy es el día definitivo. Va a tener el valor necesario y la justa desesperación para hacerlo. En una de las estaciones bajará del metro y se tirará a la vía cuando asome el siguiente convoy. Será solo un segundo, que pasará desapercibido al mundo entero. Si acaso, una nota brevísima en la prensa. *Una mujer se suicida en el metro ... o cayó una mujer a las vías del metro, se desconoce la causa.* Tal vez la causa sea precisamente esa, la acaba de descubrir en la canción.

Nunca ha podido hallar la línea divisoria entre el tedio y la pasión.

## 2. PAVONES

Ella siempre vivió en la pasión. Ahora, quizá, alcanza el tedio. No es que le preocupe, sólo se lo pregunta. Ya no corre como una loca y cruza a la brava. El autobús escapa calle abajo, pero ella no logra ya desesperarse. Sólo mira. Sólo se encoge de hombros. Después, toma asiento en el banco de la parada. Ella siempre toma asiento. Nunca se arriesga al equilibrio. No le han operado las rodillas ni sus meniscos se desgajan por los ciento seis kilos a que están sometidos. Se trata del tedio, como dice Joaquín. Languidez, aburrimiento, postración, cansancio.

El doctor Castillo lo llama astenia primaveral. Y ella se asombra de que le ocurra también en otoño. En ocasiones añora la pasión. Se desabrocha la blusa, se mira al espejo y contempla sus pechos todavía jóvenes. Los mismos pechos que han amamantado a su Noelia y ahora le parecen como barcos sin capitán. Como especie de frutas sin dueño, podridos al fondo de la cesta, nadando en un río de aguas tenebrosas. Entonces piensa en masturbarse, pero hasta eso es un esfuerzo inútil del que desiste. No, la pasión nunca más. Todo tiene su tiempo. Las cosas hay que vivirlas como llegan y dejar que se marchen. De lo contrario, son objetos baldíos. Como sus pechos, sin nadie que los acaricie. En esta vida todo es oportunidad. ¿Lo sabe Joaquín?

Ella sí. Lo sabe desde que su madre se lo dijo, recién cumplidos los quince años. *Lina, en este mundo todo es oportunidad, no dejes pasar la tuya.. Escoge bien. La cosa más estúpida puede traerte sinsabores.* Escoger bien para su madre era, simplemente, saber lo que pensaba un hombre, mirar su cuenta bancaria, anotar para sí la marca de coche que tenía, preguntar por su familia, *a ver si su madre va a ser una golfa, niña. Hay gente que se casa por el empujón.*

## 3. ARTILLEROS

Empujones los que daba El Calambres, porreta de cresta zanahoria que se la llevó una noche a las vías del tren. La zona estaba por levantar. Nada existía en aquella explanada penumbrosa en la que más adelante se construirían chalets adosados. O pareados. O aislados. Urbanizaciones con nombre de alguna película de Alfredo Landa, de las que hacían llorar a su madre. Los Arroyos, Amanecer de

Torremartín, La Pineta... Nombres que se meten entre las costillas y rascan allí, zumbadores. No eres nadie sin un chalet en La Pineta o en Amanecer de dondecoñosea. No eres nadie si no tienes una casa con jardín, y suelo verde,

Y para suelo, el de las vías del tren. El apeadero cerrado por aquel entonces y Carolina debajo del de la cresta. Aprendiendo lo que luego reconocería como *follar* pero ella pensó amor del bueno. Del que se sube al estómago y hace cosquillas. Del que se recuerda con una lágrima de sal haciendo surco en la piel. El pelirrojo tenía habilidad y ninguna inhibición. Decía que en el amor todo estaba permitido. Además de habilidad, el pelirrojo tenía una lengua que podía lamer los lugares más inverosímiles. Ella nunca pensó que se sintiera placer en los sitios a donde llegaba la lengua de El Calambres. Carolina cierra los ojos y allí mismo, sentada en el apestoso vagón de metro, evoca esas noches. Cuánto lo echa de menos. Cómo se estremece todavía. A veces vuelve a sentir temblores y le sube una fiebre vertiginosa, hasta pierde la noción de lo que la rodea. Como ahora, cuando Joaquín canta lo de *“no tener que elegir entre la nieve y el sudor”* y ella recuerda esos instantes, y escucha por enésima vez la voz de su madre sobre elegir bien. *Niña, ten cuidado, que te van a llevar al huerto cuando menos lo pienses.*

Es cierto. No lo pensó. De pequeña le ocurría. Los compañeros le cambiaban los bolígrafos de dos colores por gomas de borrar usadas y negruzcas. Le atraían los cuadernos desordenados, los libros cuyas fichas habían sido hechas mil veces y recortadas otras tantas. Sabedores de sus inclinaciones, los compañeros de Carolina le daban lo más viejo que tenían en sus mochilas a cambio de lápices recién estrenados, de conteras con efigies elefantinas y plumieres Winnie de Pooh. *Eres idiota*, insultaba su madre. *Vas a terminar mal.*

#### 4. VINATEROS

Y ahora, qué estupidez lo de la nieve y el sudor ¿Y si solo se tiene sudor? Sudor pegado a los sobacos las veinticuatro horas del día. Sudor que corre hasta la cintura y deja en la blusa verde un surco sombrío. Es lo único que hay. Dientes que rechinan, rabia, vómito, deseos de herir. La elección es para seres privilegiados. Y si no, que le

pregunten a su compañera de piso. Qué podría elegir la pobre Susa, si hasta en lo del nombre la mancillaron. Nadie le pone Jesusa a una hija si no quiere para ella ningún mal. Claro que también pudo tocarle a Lina. Su madre es adicta a Jesús de Medinaceli. Adicta, que no devota. Bajo el cristal de su mesita de noche hay estampas y escapularios. En la cabecera de la cama, un gran rosario de madera que, según dice, ha pasado por una piedra milagrosa. Bendita hora las siete y cuarto para creer, para pensar en milagros. Aunque quizá podía llamarse milagro a lo de su bautizo. La salvó una tía lejana, Carolina Riquelme de Montenegro. Siempre le pareció ridículo pronunciar aquel nombre, pero le agradece no haberse llamado Jesusa. Lo cierto es que jamás la conoció. Carolina Riquelme se hizo cargo un primer año de los gastos que el bebé ocasionó en la familia y luego se marchó por donde había venido sin dejar rastro. Lina sólo conserva de ella el nombre y una medallita de oro del Sagrado Corazón con sus iniciales al reverso. Pero su madre habla de Carolina Riquelme como de Teresa de Calcuta y ha puesto su foto con marco dorado en el aparador. Carolina Riquelme de Montenegro iba siempre vestida de gasas, cubierta por estrambóticos sombreros de ala, llena de collares y perfumada con pachulí. Cuando supo que el padre de Lina había muerto se presentó en el entierro, secándose las lágrimas con una esquina del pañuelo bordado y prometiendo que se haría cargo de la criatura que venía. Porque entonces, si un albañil se caía del andamio, poco se podía pedir. Nadie conocía demasiado sobre seguridad laboral y los padres de Lina, analfabetos venidos de una provincia sureña, menos que nadie.

Pero si te dedicas a la tarea de Susa, sin embargo, no hay nombres ni apellidos, ni siquiera rostros. Susa llegó un buen día de Brasil, con el olor de la favela a cuestas, se puso en una esquina y hasta hoy. Eso sí, no tiene vicios. Es una puta limpia, va al médico de vez en cuando y si siente escozores trabaja menos. Susa debe ser la única tía del barrio que ha conseguido escapar de los chulos y ni siquiera se pica. Sólo el tabaco podrá matarla algún día. Dice que si no fuma después del polvo, tiene que llorar. Y que no va a echarse a llorar. Perdería su fama de alegre con los clientes. Así que cuando termina y se levanta de la cama, antes de coger el dinero incluso, enciende un pitillo y se lo pega a los labios durante cinco minutos. Por el humo que hay en el recibidor, averigua Lina si Susa ha trabajado mucho. Y también por el renqueo del somier esos domingos que permanecen en casa. Una música a la que se han acostumbrado. Seguro que si fuese de nieve, la cama de Susa no gemiría de tal forma. Pero la nieve es para los otros. Ellos van a Baqueira Beret o a Sierra Nevada y

no tienen necesidad de planteárselo como un dilema vital. Baqueira en invierno, la Costa Brava en verano. Así se puede elegir y ser feliz.

## 5. ESTRELLA

Ella recuerda Benidorm como lo más lejos que pudo llegar. ¿Qué será Benidorm? ¿Nieve? ¿Es siempre nieve cuando puedes tocar la felicidad con las manos?

Ir a Benidorm no es una felicidad como la que le hizo sentir El Calambres, pero tiene su mensaje. Nunca lo hubiera imaginado cuando su compañera de piso le dijo:

- Haz la maleta, que nos vamos.

Susa tenía *repentes*. Cuando le daba uno, derribaba medio mundo de un manotazo. Llevaba algunos días sin dormir. Lina la escuchaba levantarse y la veía aparecer en la sala. Allí, por falta de espacio, Lina ocupaba un mueble cama en el que apenas conseguía dar la vuelta al orondo cuerpo. Acabaron encendiendo la luz y hablando las dos hasta el amanecer. Lina le había contado a Susa todo lo que jamás pudo contar a nadie, mucho menos a su madre. Y Susa le correspondía y le daba consejos, aplicando su filosofía de puta barata. A Lina, Susa le parecía una mujer con dos pares y así se lo hizo saber un día. Susa, en cambio, envidiaba a Lina por no haberse quedado tirada en mitad de la vida; le envidiaba haber tenido a su Noemí con la cabeza muy alta, haberle hecho frente a la madre cuando quiso aprovechar la circunstancia y convertirla en chica para todo.

- ¿Que nos vamos? – parpadeó asustada- .¿A dónde?

- A Benidorm –replicó Susa con la misma expresión de quien dice “*al paraíso*”

Y ese día sí. Ese día, Lina se sintió privilegiada. Se dio cuenta de que elegía la nieve, a pesar del calor que encontraron en la costa. Notó que tenía un lugar en la estima de un ser humano y olvidó que su madre no la quería. Que su hija no la quería. Que aquel idiota de la cresta roja tampoco la había querido. Inclusive se olvidó de sí misma para emerger en otra persona. Lina ha pensado siempre que el amor auténtico no es otra cosa. Olvidar que uno existe para formar el todo de otro. Pero nadie lo sabe. Ni siquiera Joaquín. Qué va a saber Joaquín, si está podrido de dinero. Y Lina tiene la íntima sensación de que se ríe de ella. Porque no es más que una incauta que ha

comprado el viejo cassette de Joaquín y lo escucha una y otra vez mientras va en el metro. Le da la vuelta y lo oye cien veces en el trayecto que debe cubrir todos los días, sin confesar que no tiene otra música que llevarse al oído en aquel viejo watman rescatado de un contenedor.

## 6. SAINZ DE BARANDA

Joaquín dice algo sobre *gaviotas del destierro y amapolas de París*. Se le escapa un poco toda esa simbología. Sabe que las gaviotas estaban en Benidorm. Todo el mundo conoce que las gaviotas viven en el mar, aunque ella las ha visto también en los vertederos de la ciudad. Pero en este tramo de la canción, Lina suele desorientarse y se acuerda, sin saber por qué, de la escayola que le pusieron aquel invierno cuando se cayó, por correr, en el paso de peatones. Llevaba a su Noemí de la mano camino de la ruta colegial.

- Si no estuvieras tan gorda... – fue todo el comentario de Noemí cuando una vecina la trajo por la tarde a casa.

Y se zafó del beso materno despiadadamente. Lina comprendió que había ocurrido algo mientras ella se dedicaba a trabajar dieciséis horas diarias para darle de comer y pagar las facturas. El tiempo no se detenía. Noemí iba a cumplir doce años y se avergonzaba de ella. No tardó mucho en pedirle que no apareciera por el colegio. Fue como un mazazo mortal en la frente. A Lina le costó mucho asimilar que iba a quedarse sola después de tanta lucha.

Hoy quiere pensar que no ha sido por falta de amor. En alguna parte debe estar todo ese amor derrochado a manos llenas. Por lógica, las cosas tienen que ir a alguna parte. Es una cuestión matemática, piensa. Tú vas sacando y sacando de tu interior, realizas el ejercicio de olvidarte de ti misma para dar lo que tienes, todo, a una sola persona ¿y eso desaparece? ¿Es que amar es lo mismo que cocinar un pollo en el viejo horno de su madre y luego recoger los huesos? ¿Qué clase de miseria inhumana es entonces el amor?

## 7. IBIZA

No se ha detenido la canción, todo lo contrario. Viene ahora esa parte que tanto le gusta. Con ella de fondo hubiera sido magnífico saltar a la vía, pero se da cuenta demasiado tarde. Ha debido bajarse en Estrella. Y si no se levanta ahora es porque quiere oírlo, aunque se la sepa de memoria. *Discutir con la almohada dónde está el bien y dónde está el mal*, dice el cantautor. Esto es lo suyo. La mejilla sobre la almohada y una lágrima cayendo despacio, y una pregunta llenando su noche entera, su vida entera. ¿Dónde, dónde el bien? Se supone que el más inagotable, el máspreciado, ese bien que todos persiguen y sin el cual el ser humano se desequilibra, cae en la droga, se deja vencer por los malos acontecimientos y acaba quitándose la vida, ese bien precisamente es el de tener una madre. Pero todo es un invento de los psicólogos. Si te cae una madre como la de Lina, perra existencia.

A su memoria vuelven como un huracán desaforado todas las escenas que ha querido encerrar bajo cien puertas en lo más hondo de su pozo personal. Se ve fregando los suelos y ve a su madre junto a ella, *ahí, dale ahí, no, con la fregona no, eso está agarrado, tienes que echarte al suelo, holgazana. Las chicas de hoy no sabéis hacer nada. ¡Si no tuviera esta artrosis que me está matando te enseñaría yo a dejar el suelo como una patena!* Lina quiere refugiarse en otros recuerdos y sigue buscando. Pero sólo encuentra el rostro iracundo de su madre. La mano con que ella le pegaba en la cabeza. El pie que pisaba sus juguetes más queridos después de patearle a ella en la espalda.

Algunos días, de esos en que el sol va dejando sus hilos sobre el cristal y hay una luz difusa que logra desterrar al invierno, Lina consigue un trocito de bien, o lo que ella percibe como bien, que debe serlo, puesto que sólo es verdad aquello en que creemos, se lo escuchó decir cierta vez a un maestro. Con esa mínima parte de bien, Lina cree que no debe tirarse al metro, ni cortarse las venas, ni beberse un litro de quita-grasas como quiere hacer los demás días, los de lluvia y ceniza. Y para celebrarlo, invita a Susa a un capuchino y juntas vuelven a revivir Benidorm en el sucio bar de la esquina, donde aún el café cuesta un euro. Allí vuelven a contarse sus cosas la una a la otra. Ellas parecen las mismas y las cosas que se cuentan son las mismas. No hay forma de salir de esa realidad que las encierra como una circunferencia maligna. Y sin embargo, existe algo encendido, algo que las empuja a creer. Una llamita que les deja en el pecho el especial regusto de la amistad y la esperanza.

## 8. PRÍNCIPE DE VERGARA

¡Qué engaño más grande la esperanza! La mayor parte de la gente se muere de esperanza, no de desesperación. Si estás desesperada, todo es bien simple. No hay nada que te ayude a vivir. En cambio, la esperanza te engaña. Una víbora embaucadora, eso es la esperanza. Y llevarla en el corazón, el mayor peligro que acecha al ser humano. Nunca se tiene certidumbre si se espera otra cosa. Mejor admitirlo todo, saber dónde el bien y dónde el mal. *La guerra estallará mañana lunes por la tarde*, advierte Joaquín. Pues claro, naturalmente que la guerra acaba estallando en la vida de cualquiera. No hay necesidad de que silben los misiles, no tiene por qué caerte una bomba atómica en la cabeza. Tú mismo eres una guerra, se dice Lina con amargura. Siempre existe ese momento en que te llueve la fatalidad y debes abrir tu propia trinchera.

Ella, que se pensaba a salvo después de abandonar la casa de su madre. Después de dejar a Noemí emprender camino junto al novio de la chupa claveteada. Cómo detenerla, si Noemí cumplió diecinueve años ese mismo día. Qué puedes hacer mientras un hijo se equivoca con tus mismos errores. A medida que pasan los años, todo es como una batalla perdida con anterioridad. Las cosas se suceden repetidamente, aunque la memoria pone especial cuidado en disfrazarlas. Y ahora, ella, con tanto como se dedicó a vigilar las sorpresas del destino, recibía aquella llamada y debía acudir en ayuda de su madre.

- No la va a reconocer – le advirtieron.

Lina piensa que, en realidad, la vida no se queda con nada gratuitamente. Que el alzheimer sufrido por su madre responde a todos los bofetones que ella resistió, a todas las lágrimas amargas de la infancia, los sinsabores y los insultos. Si su madre no habla, buen reguero de monstruosidades ha salido de su boca hasta ese día. Si su mente se halla cerrada a la lógica, será porque nunca tuvo pensamientos puros que la salvaran del desastre.

- Tiene que llevársela hasta que le consigamos un sitio – añadió aquella asistente social.

## 9. AVENIDA DE AMÉRICA

No era justo.

Por vez primera, Lina miró los ojos de su madre y vio claramente la maldad. De modo que, en lugar de asentir y resignarse nuevamente, dijo aquello. Muy alto, muy claro.

- No.

Por vez primera en su zorra vida, treinta y ocho años, treinta y ocho lentos años de maltratos y engaños, de decepciones y esperanza frustrada, Lina había dicho que no.

Pudo explicar que no tenía espacio en su piso y que ninguna de las dos disponía de medios suficientes. Cualquiera de los razonamientos hubiera valido. Sólo que Lina prefirió la verdad.

- Nadie puede pedirme que la cuide. Ella me maltrató desde pequeña.

Y no satisfecha con haberlo descubierto, ahondando en aquellos sucesos desgraciados que hoy quiere olvidar a toda costa, Lina ha revivido ante los atónitos ojos de la empleada municipal cada uno de los episodios grabados en su corazón como desgarraduras. La vez en que su madre la encerró en la nevera con tan solo año y medio porque lloraba demasiado. O esa noche, ya cumplidos los tres años, en que la obligó a tragar su propio vómito. Las bofetadas en plena cara, el brazo que le rompió por retorcérselo, la multitud de veces que ante sus amigos o compañeros de clase la ultrajó y humilló. Sobre todo, los años en que la obligó a trabajar fuera y dentro de casa sin permitirle gastos, manejando el dinero que Lina aportaba, haciéndole el más ominoso de los chantajes con Noemí por medio. Todo ha salido a la luz atropelladamente, en una sucesión de hechos que son su propia vida. Y cuando ha visto el miserable existir sobre la mesa de despacho, no ha podido evitar las lágrimas. ¡Hacía tanto tiempo que no las derramaba! Y por vez primera también, no se ha avergonzado de ellas. Ha sido como limpiarse por dentro y por fuera.

El llanto le ha permitido terminar en un susurro, aunque con exactitud y decisión.

- No pueden obligarme. Yo también tengo mis derechos.

La asistente social no se ha permitido el lujo de llevarle la contraria. Le ha indicado que su madre estará en una residencia temporal mientras le buscan alojamiento definitivo. Hasta le ha dado una tarjeta con la dirección, tarjeta que Lina ha tirado a la papelera de la vía pública.

## 10. CRUZ DEL RAYO

Y aunque Joaquín diga que *el cielo aprende a envejecer*, Lina sabe que no va a llegar a vieja. Es una premonición. Cuando mira a Susa, advierte la misma certidumbre. Ninguna de las dos envejecerá y será una suerte. ¿Qué hay de malo en tomar la delantera? La vida es una zorra antediluviana, pero acabas aprendiendo de ella. Y puede que te conformes con la artrosis, la demencia senil o el infarto, lo que seguramente no admites es el deterioro de tus ilusiones. Mirarte al espejo y verte en el rostro aún joven la vejez del alma. *“Te has dado más colorete en este carrillo”*, le señala Susa algunos días. Claro, como que no se mira. Ha aprendido a maquillarse sin ver un rostro del que abomina. Tanto tiempo lo ha llevado a cuevas que ahora se le aparece extraño, como si se desgajara del resto. Le recuerda la sensación que produce una palabra al cabo de repetirla miles de veces. Pierde todo su sentido. Igual la cara de Lina: una palabra en suahili le resultaría más familiar.

¿Cuánto tiempo más hará falta para despedazarla del todo? se pregunta. No quiere asistir a su decadencia. Y sin embargo, no es menos cierto que todas las mañanas *sale a defender el pan y la alegría*. ¿Por qué lo hace? Ha llegado a ser un misterio para sí misma. En esos momentos en que toma café con Susa, por ejemplo. Siente que la alegría es auténtica y la guarda en un rincón. De pronto, lo comprende. Tiene una caja misteriosa de la que algunas veces saca sustancias desconocidas. Entes enigmáticos, sin nombre alguno, hechos de retazos inaprensibles, cosidos y recosidos por miles de instantes fugaces de los que únicamente ha podido advertir la felicidad. Siempre envidió a sus amigas aquellos baúles repletos con dibujos de EGB y fotografías de seres queridos. Lina lo ha construido en un lugar abstracto al que huye siempre que algo la hiere. Al levantar la tapa, en vez de encontrarse con los males del mundo, Lina ve salir al padre que jamás conoció, a los abuelos cuyos nombres nunca le ha dicho nadie. Ve elevarse una esquina de tarde pasada en la rosaleda del Retiro, de esas tardes de primavera, cuando florecen los rosales y el sol es un auténtico regalo. También reposa allí una de sus muñecas preferidas, un llorón que su madre tiró a la basura. Y con el llorón vienen todos los abrazos que le dio los días de su cumpleaños, cuando nadie la felicitaba; todos los besos que la porcelana de aquellos mofletes rosados encierran aún y no han muerto, oh, no, están tan vivos que hacen palpitar sus labios de ahora. Y el amor de El Calambres, aunque carnal, aunque precipitado y egoísta. El amor que la hizo sentirse por vez primera necesaria para un

ser humano y le dio a su Noemí. También está en el baúl uno de sus profesores, pese a no recordar su nombre, uno que sonreía siempre y le daba caramelos. Y el trozo exacto de su calle, aquel donde, a la manera de un teatro, veía ella desde el balcón la tragicomedia de la vida. Y el día de la Primera Comunión, único instante en que recibió un beso de su madre y algunos regalos. Tantas y tantas cosas en el baúl, tanto sin recoger todavía, sin disfrutar siquiera. ¿Puede ella cerrar la tapa y olvidar de golpe todo lo que le queda por vivir?

## 11. CONCHA ESPINA

Ha llegado su estación. Tiene que acudir a casa de Doña Matilde, último trabajo que ha conseguido. Doña Matilde es una anciana sumamente educada. Vive en una casa enorme con puertas de cristal esmerilado, alfombras persas y cortinas de damasco. Cuadros y litografías antiguas, esculturas de algún afamado artista, libros cuyos lomos, enhebrados con hilo de oro, cabrillean en la oscuridad de las bibliotecas, la saludan todos los días. Y ella se ha familiarizado de inmediato en ese entorno distinguido que la suerte no quiso adjudicar a su propia vida.

Todas las mañanas, Doña Matilde la espera ante su tocador de caoba. Lina la asea y la peina cumpliendo un rito especial. Cada movimiento en el preciso instante. Primero, cepilla el luengo cabello blanco para irlo doblando después muy despacio, con sumo cuidado, sobre la nuca de la anciana. Por último, las peinetas, dos pequeñas obras de orfebrería plateresca a ambos lados de la cabeza. El toque de perfume francés, (*con una pizca basta*, indica Doña Matilde casi siempre) remata su tarea. La dama puede mirarse entonces al espejo, identificada consigo misma. Y sonríe. Y le dice: *tienes manos de ángel, Carolina*. Es la única persona que la llama por su nombre completo. Opina que resulta elegante y de ninguna manera debe ser cercenado por la mitad.

Una lástima que Doña Matilde no haya tenido hijos. ¿Por qué no fue ella su madre? Pero a estas alturas, Lina ya no puede responder a las preguntas. Ha llegado su estación y no le ha dado tiempo. El último y desgarrado grito de la balada lo certifica. ¿Cuándo ha dicho ella *esta boca es mía*? Por un momento, recuerda algunos escarceos de opinión, esbozados tímidamente y rubricados de inmediato por el furioso *¡tú te callas!* de su madre. Pero casi al instante, mientras la música en sus últimos

acordes la insta sin demora a salir, a decir que vive, a instaurar de una vez por todas su voz, advierte que ha dejado abierta su caja de tesoros y que los recuerdos tienen el sonido de un violín. Cómo es posible. Sus recuerdos, mezclados en un caos indecible, viven sobre las alfombras orientales y los libros de cantos dorados. Doña Matilde podría ser también un recuerdo. Podría ser Carolina Riquelme y haber regresado de un espacio fantasmal para permanecer con Lina en las mañanas de sol, mientras ella ahueca los cojines en el sillón de mimbre, sirve el té con pastas, y se sienta a su lado, y le da conversación dulcemente en la casa enorme, repleta de historia.

Pero tras los recuerdos ha escapado, se ha elevado, ha huido de la caja algo tan pequeño como precioso contra lo cual no es posible luchar. Está allí de nuevo, maldita víbora de la esperanza, para impelerla en el torbellino indeseable del andén, aprisionada entre otros que, como ella, persiguen a la vil serpiente y se creen dueños del universo si la alcanzan. De improviso, Lina se convierte en Pandora y necesita gritar *esta boca es mía*, decirlo a todos cuantos acometen con ella la escalera de salida. No, no ha vuelto la cabeza hacia las vías ni una sola vez. El metro acaba de partir, llevándose con él la voz de Joaquín Sabina hacia otros túneles de desesperanza y dolor. *Bah*, se dice Lina entonces, *ya me suicidaré mañana*. Porque ahora está el sol que baja a abrazarla. Está Doña Matilde esperando frente a su espejo. Está Susa con la que, seguro, tomará café a las tres de la tarde. Y está, pese a todo, su Noemí, que alguna vez cumplirá los cuarenta y recordará también la infancia y aquel baúl, que ella sí tuvo, repleto de juguetes viejos y dibujos de EGB.

Y lo demás, lo que duele, lo que va pudriendo poco a poco el corazón, esta mañana soleada apenas es una nota que desafina en el cielo de la ciudad.